



*Vieja friendo huevos, Diego Velázquez, 1618*

Óleo sobre lienzo, 100,5 x 119,5 cm, Galería Nacional de Escocia

Mientras pasábamos algunos días en la ciudad apacible de Sevilla, el ciego tenía hambre, mucha hambre, y yo también. La gente era generosa, pues ganamos bastante dinero para comer. Díjome: “¡Lázaro, ve a buscar huevos, huevos fritos! ¡Date prisa, nada más hablar de comida, se me hace la boca agua!”. Diome un maravedí y ordenome que yo buscara algunas legumbres para mí. Riéndome entre mí, decidí que yo no iba darle huevos sin comer huevos. Fuime y vi a lo lejos a un cultivador que vendía frutas. Estábamos en verano y los melones tenían muy buenos colores y parecían buenísimos. Como la gente comía a esta hora, él no tenía clientes y dormía la siesta, roncando muy ruidosamente. Pues, aprovecheme del momento para afanarle uno y seguí, por lo tanto, mi camino, buscando huevos. En la acera, encontré por fin a una vieja cocinera que hacía freír lo que quería. Nunca yo había comido huevos y quería recuperar el tiempo perdido. Díjeme: “¡Lázaro, no puedes dárselos; tienes que comerlos!”. Resuelto, pagué tres huevitos a la viejita y fuime a sentar en un lugar cerquita. Engullí primero los huevos, riquísimos, en menos tiempo que canta un gallo y saboreé el melón, cuyo sabor, cuyo zumo y cuya carne estaban aún más deliciosos. Cuando acabé, volvíme hacia nuestro hogar, lejos del centro de la ciudad. Cuando viome, interrogome para saber porque no tenía lo que había mandado. Díjele al ciego que no los había encontrado y que regresaba con las manos vacías. Pidiome entregarle la moneda, lo que hice. En este momento, no soltome la mano y empezó contando la moneda. Después, díjome: “¡Lázaro, me engañaste, comiste huevos! -¡No comí nada señor, se lo juro! -¡Traidor, me entregaste menos monedas de las que te di!” y se rio a carcajadas, burlándose de mi ingenuidad. Su risa estaba rara, pareciome diabólica y despiadada. Y lentamente, su risa se hizo menos audible y terminó por pararse. Sujetábame todavía la mano y yo tenía mucho miedo. Se acentuó cuando se crispó su boca, apretó los dientes, y díjome con vehemencia: “¡Tonto, sabe: que el criado que ha de servirme un punto tiene que respetarme y ser honesto conmigo!”, antes de golpearme.

Joann Lataste (1º de Bachillerato, 2018/2019)